

Commenter le texte suivant en espagnol et traduire de « *Es mi única muerte...* » à « *... La Cumparsita.* »

Don Rafael
(Noticias de Emilio)

5

Hoy precisamente desempolvé la carta clandestina, la única que hasta ahora (todavía ignoro cuál fue el insólito canal) pudo enviar con total garantía de que no pasara por la censura carcelaria. Y extrañamente esa carta singular fue para mí y no para Graciela. “Fíjate, Viejo, si estaré seguro de este *correo* que he resuelto decirte las imprudencias que vas a leer. [...] Vos sabés cuál ha sido siempre la argumentación del abogado: no maté a nadie ¿estamos? Pues sí maté. Que no te venga el infarto ¿eh? Esto no lo saben ni el abogado ni mis compañeros ni Graciela ni nadie. Sólo vos lo estás sabiendo ahora, y lo estás sabiendo porque tengo que quitármelo de encima. Ya ves lo que arriesgo poniéndolo aquí en blanco y negro, por máxima que sea la seguridad en el *correo*, y sin embargo lo hago porque ya no puedo llevarlo a solas. Te cuento. Hacía como diez días que yo estaba en el *enterradero*, uno de tantos. Los últimos dos días los había pasado solo, sin salir jamás a la calle, comiendo exclusivamente de latas, leyendo alguna novela policial, escuchando la radio a transistores pero sólo con auriculares para no llama la atención. De día estaban las persianas cerradas. También de noche, claro, pero sin encender ninguna luz. Había que mantener el aspecto de casa deshabitada. La gran ventaja del *enterradero* era que tenía salidas a dos calles distintas, y eso, en medio de todo, me otorgaba cierta seguridad, porque la segunda salida estaba muy disimulada, al final de un corredor al que daban varios apartamentos. La mayoría eran bulincitos, así que el movimiento era escaso y eso también ayudaba. Yo sí que dormía con un ojo abierto, y una noche ciertos roces leves y pasos casi imperceptibles hicieron que abriera el ojo número dos. Me pareció que provenían del jardincito del frente. Miré por entre las persianas y vi una sombra que apenas se balanceaba, pero no alcancé a distinguir si era la sombra de un tipo o la de un pinito medio enano que había en el segundo cantero. Me quedé inmóvil, pero de pronto tuve la intuición de que alguien se movía en el interior de la casa. Pensándolo ahora, creo que ellos estaban tan seguros de que allí no había nadie que descuidaron un poco sus normas de seguridad. Además, tengo la impresión de que eran pocos, sólo tres o cuatro, y que se habían acercado a la casa no porque supieran nada en concreto sino porque a esa altura sospechaban de todo. Y entonces me iluminó una linterna y pasó un minuto que para mí fue una eternidad y una voz me dijo muy bajo: Santiago, ¿qué hacés vos aquí? Al principio pensé en algún compañero, pero no podía ser porque ellos me llamaban de otro modo, pero luego él apartó un poco la linterna que me encandilaba y pude ver, primero el uniforme, luego el arma que empuñaba, por último el rostro. ¿Sabés quién era? Agarrate, Viejo. Era Emilio. Sí, el mismito que vos pensás, el hijo de la tía Ana, tu sobrino. No sabés el desfile de imágenes que pasan por la cabeza de uno en un momento así. Yo tenía poco margen para tomar decisiones; más bien era él quien podía dominar la situación, ya que yo no estaba en condiciones de alcanzar mi arma. En el jardincito había pasos, ruiditos. El volvió a hablar: Santiago, rendite, es lo mejor, no sabía que anduvieras en esto pero rendite. Y miraba el arma, no la suya sino la mía, la que yo no podía alcanzar. Yo tampoco sabía que anduvieras en esto, Emilio. Ambos hablábamos a susurros. Tantos años sin vernos, murmuró. Mal momento para encontrarnos, ¿eh? Susurré. Y de pronto tomé una decisión instantánea. Puse mis dos puños juntos y me arrimé a él, como para que me esposara las muñecas. Está bien, me rindo. Y él se confió. No se hubiera confiado en ningún otro. Dejó que me acercara y hasta me parece que bajó un poco el arma. No sé ahora qué movimientos vertiginosos hice, pero lo cierto es que tres segundos más tarde esas dos manos mías que iban a ser esposadas le estaban apretando el cuello y lo siguieron apretando hasta que quedó inmóvil. No sé cómo pudo ocurrir todo tan silenciosamente. Las sombras seguían moviéndose en el jardincito pero tampoco hablaban, y era comprensible, no podían revelar así nomás su presencia. Yo estaba descalzo pero vestido,

siempre dormía vestido. Caminé todo lo rápido que pude hacia la segunda salida, recogiendo de paso unas alpargatas que estaban sobre una silla. Llegué a la puerta de otra calle, la que daba al corredor de los bulincitos. Ahí no había persianas ni mirilla, o sea que simplemente había que arriesgarse, y me arriesgué. Salí y no había nadie. Eran las tres de la madrugada. Avancé diez metros, sin correr, y de pronto lo vi y no podía creerlo: un ómnibus avanzaba lentamente, con sólo dos pasajeros, uno de esos viejos autobuses de Cutcsa con plataforma abierta. Trepé de un salto. Media hora después bajé en la Plaza Independencia. [...] Es mi única muerte, qué ironía. No tengo ninguna otra muerte a mi haber (¿o será en mi deber?). ¿Cuál es el problema? Que el primo no se me borra. Ni se me borran la manos crispadas apretándole el cuello. Sueño con él dos o tres veces al mes, pero nunca en el acto de matarlo. No son pesadilla. Sueño con un pasado lejanísimo, cuando ambos éramos niños (me llevaba un año ¿no?) y jugábamos al fútbol en un campito que quedaba atrás de la iglesia, o cuando en los meses de vacaciones íbamos al Prado en horas de la siesta, mientras ustedes los adultos sucumbían a la modorra y nosotros nos sentíamos particularmente libres y nos tendíamos en el césped o en un colchón de hojas y divagábamos y divagábamos y hacíamos proyectos en los que siempre íbamos a estar juntos y a viajar pero en barco porque los aviones nos daban miedo y además, así decía Emilio, en la cubierta del barco podremos jugar al rango y a la payana y en cambio en los aviones eso está prohibido por las azafatas, y seguíamos divagando y él iba a ser ingeniero porque me gusta la regla de tres compuesta decía, y yo iba a ser músico porque me gustaba tocar La Cumparsita.

Mario Benedetti (1920 – 2009), Primavera con una esquina rota, 1982